

La Torre Asediada: la Universidad de Puerto Rico en tiempos tormentosos

Silvia Álvarez Curbelo
Catedrática Retirada
Universidad de Puerto Rico en Río Piedras

Caballeros, creo que no hay discusión en cuanto al hecho de que somos una tierra inocente, a quien la historia viene fustigando desde hace cuatro siglos.

-Emilio S. Belaval, *Cuentos de la Universidad* (1935)

Resumen

Desde una perspectiva autobiográfica, la autora ofrece un recuento crítico de las vicisitudes que ha tenido que enfrentar la Universidad de Puerto Rico desde sus comienzos. Resalta el espíritu de resistencia (y resiliencia) de esta institución y el carácter de indispensabilidad que la ha caracterizado tanto en el pasado como en el presente.

Palabras clave: Universidad de Puerto Rico, Historia, Autobiografía, Resistencia, Puerto Rico

Abstract

From an autobiographical perspective, this paper offers a critical account of the vicissitudes that the University of Puerto Rico has had to face since its inception. The author highlights the spirit of resistance (and resilience) of this institution and the essential character, that has characterized her both in the past and in the present.

Key words: University of Puerto Rico, History, Autobiography, Resistance, Puerto Rico

La ceniza y la tierra

Hablo hoy de la Universidad de Puerto Rico, queridas amigas y amigos, tanto en clave autobiográfica como biográfica. Pasa lo mismo con Ponce. Cuando investigo, leo o escribo sobre ella se intersecan mi vida y la de la ciudad en la que nací. Ingresé a la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras cuando apenas había cumplido 16 años. Trasponer su umbral fue, en muchos sentidos, dejar atrás la niñez y una temprana adolescencia que consistía más en fantasías, sueños de tierras lejanas que desconocía y el signo del futuro, siempre abierto y expectante. Fue entrar en

una cornucopia de novedades y experiencias inéditas: los placeres y las angustias del saber, la biblioteca con sus estantes henchidos de libros y manuscritos que nunca terminaría de leer, las galerías de novedades en la forma de pinturas, obras de teatro, películas, debates y tantas otras experiencias que sólo la Universidad propiciaba en abundancia en aquellos tiempos donde viajar no eran tan fácil. La Universidad me descubrió voces, geografías, y misterios que ella custodia frente a las borraduras del tiempo y frente a las embestidas de todas las barbaries. Aquellas barbaries que desprecian el conocimiento, aquellas que se parapetan en los fundamentalismos y los prejuicios,

aquellas que desprecian lo diverso, las que se burlan de nuestros quehaceres y que no se atreven a considerarlos como esenciales, como lo son los más evidentes del sustento y el abrigo. O aquellas barbaries que ven a la Universidad como botín para espolios y corruptelas.

Poco después de que comenzara aquel año académico en el que me hice universitaria, entre la admiración y el temor que me producían los edificios monumentales del campus, aquellos icónicos y los que se alzaban nuevos, obra del arquitecto Henry Klumb, cuando apenas conocía a los profesores y profesoras que hablaban lenguajes desconocidos -aunque daban las clases en español- y mientras yo seguía las andanzas de Aquiles en *La Iliada*, el mundo estuvo a punto de acabar. Era 1962. Durante trece interminables días, estuvimos pendientes de que las arrogancias hegemónicas de EEUU y de la URSS no pudieran contenerse y arrastraran al mundo a su destrucción.

La temida hecatombe no se produjo y la Universidad de Puerto Rico no desapareció. De ella me gradué, en ella enseñé por treinta y dos años y a ella le he dedicado libros y ensayos, como universitaria e historiadora. No solo porque la valoro y la quiero sino porque estoy convencida de que para nuestro país la Universidad fue, es y seguirá siendo, indispensable. No se destruyó en 1962 ni se ha consumado desde entonces, a pesar de las fuerzas tenebrosas que así lo han querido. De algunos de los asedios que ha sufrido y de las resistencias que ha presentado voy a hablarles en esta mañana en la que se inaugura el XX Congreso de Investigación y Creación Académicas de la UPR en Ponce cuya edición de 2019 lleva como título “Más de un Siglo de Reflexión, Investigación y Diálogo Académico: Aporte Social y Económico de la UPR a la Sociedad Puertorriqueña.”

Agradezco profundamente esta honrosa invitación a sus organizadores y a la comunidad de la Universidad de Puerto Rico en Ponce.

¿Por qué La Torre?

Símbolo de la Universidad, por sedimentación simbólica y por iteración mediática, la Torre fue erigida como pórtico de la institución en 1939. Su construcción, como la de los edificios que conforman el Cuadrángulo, fue parte del proyecto de reconstrucción de Puerto Rico, puesto en ejecución por Franklin Delano Roosevelt, presidente de Estados Unidos, para mitigar los graves efectos de la Depresión económica y los de dos devastadores huracanes -San Felipe y San Ciprián- sobre la isla. Fotografías y reportajes de los estragos generados por San Ciprián en el campus de Río Piedras testimonian el grado de destrucción a los edificios, propiciado en gran parte porque el servicio de meteorología minimizó el posible impacto del huracán, al que describió horas antes como una “tormenta platanera”. Como haya sido, la Universidad tuvo que levantarse y lo hizo. En medio de la escasez y las penurias de los treinta, de sus polarizaciones políticas, hubo un entendimiento generalizado de que la institución era imprescindible para auparnos de la crisis.

Durante esos años de tormentas atmosféricas y de tormentas políticas y económicas, se produjeron obras importantes sobre la condición puertorriqueña como *Insularismo* de Antonio S. Pedreira, *La llamarada* de Enrique Laguerre o *Cuentos de la Universidad* de Emilio S. Belaval mientras artesanos, arquitectos y trabajadores puertorriqueños crearon edificios de gran calidad y nobleza, entre ellos la Torre, financiados por la agencia de reconstrucción la PRRA, la Puerto Rican Reconstruction Administration. Se convirtió la Torre en el

edificio más alto de la comarca rubricando a golpe de carillón que era la sede académica y cultural más importante del país.

La rehabilitación de la Universidad y la inauguración de su bello Cuadrángulo fueron señal de futuro, de modernización para un país infinitamente pobre y para el que se avecinaban tiempos muy difíciles. Europa vivía en guerra desde 1939 aunque tres años antes había estallado su ensayo general, la Guerra Civil Española, y numerosos exiliados españoles se habían refugiado en las aulas universitarias nuestras. Intelectuales puertorriqueños pusieron su pluma y entusiasmos al servicio de la causa republicana. El fascismo sospechoso de toda inteligencia avanzaba amenazante. Era hora de afirmar voluntades democráticas. La Universidad se percibió como un escenario desde el cual se enderezarían los déficits coloniales y se avanzaría en la modernización del país.

En 1940 se celebró en el Ateneo Puertorriqueño un evento de profunda significación para Puerto Rico y para la Universidad. Armado en torno al binomio democracia y cultura, el Foro de 1940 sentó las pautas de la institución en momentos del despegue modernizador en Puerto Rico y de otra conflagración mundial. Allí concurrieron Luis Muñoz Marín y Jaime Benítez, Margot Arce y Vicente Géigel Polanco, entre otros. De lo que se trataba en el fondo era de definir una nueva misión universitaria dentro de un proyecto reformista de gobierno y de superación del modelo de plantación azucarera que nos maniataba.

Como en tantas otras ocasiones en nuestra historia, nuevamente Puerto Rico se convirtió en un baluarte estratégico, esta vez en la respuesta de los Aliados al fascismo. Pero aún en medio de la guerra, de los racionamientos porque no llegaban alimen-

tos ni materiales para la vida cotidiana y se vivía con el miedo de una posible invasión por parte de los alemanes, la Universidad insistió en su misión de formar los profesionales que necesitaba para hacer de Puerto Rico un país más justo y con mayores oportunidades para sus jóvenes. La propia Universidad de Puerto Rico se modernizó en términos académicos y de administración al implantarse la Ley Universitaria de 1942. Mientras no llegaban gomas para los carros y había existencias de arroz para solo siete días, la Legislatura de Puerto Rico creaba nuevas facultades y programas de estudio, no los reducía o asfixiaba. La Universidad era apuesta a un mundo de movilidad social para el cual la educación era la escalera.

Retos y resistencias

No siempre fue así. Durante los cuatro siglos de dominación española, no hubo universidad en Puerto Rico. Un gobernador español se dejó decir que lo que había llevado las colonias hispanoamericanas a independizarse de España a comienzos del siglo 19 había sido la educación y que Puerto Rico no seguiría ese camino. No le faltaba razón a Juan de la Pezuela que paradójicamente era un gobernador ilustrado. Las dictaduras y otros autoritarismos siempre ven las universidades un territorio peligroso porque sus aulas son semilleros de pensamiento crítico, de ideas y proyectos a contracorriente de la ignorancia y de la sumisión.

En vano, próceres como Hostos, Baldorioty, Acosta, Betances y tantos otros clamaron a lo largo del siglo 19 por una Universidad para Puerto Rico. En las Instrucciones que los cinco cabildos de Puerto Rico le entregaron a Ramón Power, nuestro primer diputado ante el parlamento español allá para principios del siglo, estaba la creación de una universidad. Nunca se nos per-

mitió. Hasta comienzos del siglo 20, en el predio donde está el Recinto de Río Piedras pastaban las vacas y crecían árboles frutales. Todavía hoy del otro lado de la Avenida Barbosa, donde ubican las residencias de la Facultad, subsisten los vestigios de una antigua lechería, que fue parte de la Universidad en un comienzo. De hecho, cuando nació la universidad en 1903, ya en tiempos de los americanos, se le pensó fundamentalmente como una escuela de agricultura.

La Universidad nació chiquita con una misión dictada por un modelo colonial que requería con urgencia maestros y técnicos agrícolas. Con ello no satisfacía por mucho los anhelos criollos por una Universidad completa. A lo largo de estos primeros tiempos, enfrentó los colonialismos educativos y culturales que la habían fundado e iría conformando una versión liberal y amplia de lo que debe ser una institución universitaria. Cuando Thomas Benner se convirtió en su primer canciller en la década de los 1920 y se modificó su ley orgánica, las energías universitarias puertorriqueñas ya habían articulado una facultad de Artes Liberales y una Escuela de Derecho y se vertían en proyectos académicos de madurez como el Departamento de Estudios Hispánicos, que se fundó en 1928. Porque así lo dispusimos los puertorriqueños. Porque era la Universidad que queríamos y que merecía el país.

Al tiempo que Estados Unidos entraba en la guerra y se aprobaba la nueva ley universitaria, un joven Jaime Benítez asumió la Rectoría. La guerra trastornó la vida puertorriqueña, seríamos otro país después de ella. Tan pronto terminó el conflicto, miles de veteranos entraron en la Universidad para estudiar. La Universidad vio engrasar su alumnado: entre los nuevos alumnos estarían los veteranos que se acogerían al *GI Bill* y muchas mujeres que democratizaron

el paisaje estudiantil. Pero el nuevo diseño universitario bajo el signo de la modernización no logró aplacar efervescencias ideológicas y culturales.

El nacionalismo político se reavivó con el regreso de Pedro Albizu Campos a Puerto Rico en 1947 tras su encarcelamiento; la lucha por la escuela puertorriqueña y por la primacía del español se intensificó en la posguerra. Distinguidos docentes respaldaban una universidad puertorriqueña según el modelo latinoamericano y los estudiantes reclamaron participación. La Huelga de 1948 condensó todas estas militancias. El concepto de Casa de Estudios, simultáneamente reclamo de madurez institucional y estrategia de contención, triunfó. Jaime Benítez dirigió por cerca de veinte años más a una Universidad de indiscutible brillo intelectual y cultural pero maniatada en expresión y representatividad.

Universidad y modernización

A la par con la industrialización y modernización social de Puerto Rico, la Universidad acometió la tarea de crear los cuadros profesionales y de liderato para la transformación del país. Si en las décadas pasadas el humanista y el educador habían sido los símbolos intelectuales de la Universidad, al finalizar la década de los cuarenta adquirió visibilidad el científico social. Geógrafos, economistas, sociólogos, planificadores, psicólogos, administradores de lo público y trabajadores sociales le dieron una fisonomía renovada a la instrucción e imbricaron el proyecto de modernización universitaria con las necesidades de una sociedad que pretendía dejar atrás las lentas horas agrarias.

Las nuevas edificaciones de la Universidad resaltarían el rol protagónico de las nuevas disciplinas sociales. Era la uni-

versidad del arquitecto Henry Klumb en el estilo moderno internacional que proponía una especie de tábula rasa respecto a la historia, pero que se adaptaba de manera ingeniosa a los trópicos con su espacialidad abierta y natural, en contraste con los vetustos muros de los edificios del Cuadrángulo. Varios de los diseños de Klumb, entre ellos el Museo, el Centro de Estudiantes, y la Biblioteca, acogieron un febril renacimiento de las artes que tenía como escenarios los espacios universitarios pero que se derramaba a toda la sociedad: el Festival Casals, las exposiciones de pintura y arqueología, los festivales teatrales. La Universidad era el centro cultural indiscutible del país. Cuando el rector Benítez recogió el Nobel de Literatura otorgado a Juan Ramón Jiménez, la visión occidentalista e internacionalista esbozada por la Casa de Estudios pareció alcanzar su culminación gloriosa.

Ya para entonces, la Guerra Fría estaba declarada: el mundo se polarizó bajo la amenaza de la detonación nuclear. En Puerto Rico los cincuenta dieron la bienvenida a un nuevo ordenamiento político: el Estado Libre Asociado y a un nuevo ordenamiento industrial. Nos fuimos haciendo cada vez más urbanos y el modelo de vivienda se tornó el unifamiliar de urbanización en cuya sala se sentaba la familia a ver la recién nacida televisión. La Universidad participó de la modernización de las costumbres y del optimismo del *American Way of Life*. Recibía visitantes y estudiantes de todo el mundo. Como el país, la UPR era vitrina de modernidad, aunque debajo de la alfombra se barría todo lo inoportuno.

Nuevos fervores y rupturas se trenzaron en los años sesenta. La generación de los *baby-boomers*, nacida en la posguerra, arribó a las universidades, entre ellas la nuestra. La rebelión contra un mundo demasiado rígido y puritano, todavía muy blanco,

occidental y rico, se precipitó desde los jóvenes, los sectores minusvalorados, los pueblos oprimidos. El proyecto de modernización se cuestionó en todos lados y no menos en Puerto Rico, donde ya comenzaba a revelar síntomas de envejecimiento precoz. Los sueños de la épica populista de crear una buena civilización desde el desarrollo económico hacían agua; la sucesión política y generacional asediaba al Partido Popular Democrático, en el poder desde 1940.

En Estados Unidos, las luchas contra el racismo se coaligaron con la rebeldía juvenil que tuvo en las universidades su espacio de florecimiento. En el sudeste asiático, una guerra en un país escasamente conocido en el comienzo, habría de provocar una crisis profunda al interior de la sociedad norteamericana y en el resto del mundo. El cese de la guerra de Vietnam y el fin del militarismo se convirtieron en las causas que galvanizaron a miles de universitarios puertorriqueños. En la segunda mitad de la década del sesenta el descontento de alumnos y docentes se extendió al cuestionamiento de la administración unipersonal de la universidad. La reforma de las estructuras, el clamor por representatividad para profesores y estudiantes, se vieron como una salida de la minoría de edad y el autoritarismo.

La Universidad en el fuego cruzado

Sitiada por las fuerzas conservadoras de la opinión pública y las voces chillonas de los medios de comunicación, que aplicaban al movimiento de reforma universitaria el mote de comunista, la Universidad se volvió un problema incluso para el Partido Popular Democrático que había defendido siempre su rol principal en el desarrollo moderno de Puerto Rico. Muchos de los que habían sido jóvenes universitarios comprometidos en 1940, se tornaron en voceros de una Universidad que “calladita se

veía más bonita”. Otros, sin embargo, se aliaron con los estudiantes y docentes más progresistas e insistieron en que la Universidad debía armonizar con los tiempos. Pero también otras voces, en su mayoría no universitarias, tratarían de asaltar a la Universidad y domesticar sus rebeldías. Y ya la Universidad no era sólo Río Piedras, aunque la Torre la representaba. Además de Mayagüez y Ciencias Médicas, estaban los colegios regionales que habían empezado a emerger en 1962 con Humacao.

La reforma de 1966 fue el intento jurídico de complacer varios intereses en pugna. Por un lado, fue una legislación noble. El país concertó un gran pacto social con la Universidad y le asignó un porcentaje de las rentas del Estado como prenda de su importancia pública. La institución dio sus primeros pasos hacia su conversión en un sistema de recintos y colegios; se creó una Presidencia; se establecieron organismos representativos como los Senados Académicos y los Consejos de Estudiantes. No obstante, no se disiparon las diferencias políticas y generacionales. La crisis universitaria era una instancia visible del cansancio del poder público y del modelo de desarrollo de todo el país. El endurecimiento de la represión hacia estudiantes, obreros y el crecimiento del anexionismo cargaron contra la comunidad universitaria que sufrió muertos, expulsiones, cargas policíacas y la radicalización de sus sectores. La leyenda de los *pelús* y *barbús* universitarios nació entonces, y todavía sigue vivita y coleando.

En 1968 el Partido Popular Democrático fue relevado por un gobierno improvisado, pero que representaba un quiebre fundamental en la historia del país. La alternancia partidista, en teoría e intención algo positivo, significó en la práctica que por muchos años la Universidad fue

sometida a las mudanzas electorales cual si fuera botín de guerra. Los colegios regionales se convirtieron muchas veces en cotos de alcaldes y legisladores, aunque representaban un elemento de democratización del acceso a la universidad. Otras lógicas de expansión modificaron el perfil estudiantil. A la altura de los 1970 y como parte de la agenda del estado bienestar norteamericano se instituyeron programas de asistencia social de becas y préstamos universitarios. La Universidad de Puerto Rico creció exponencialmente: nuevos programas y servicios se establecieron para acomodar una matrícula creciente con orígenes sociodemográficos diversos. Comenzaron a vulnerarse otros monopolios universitarios. La Universidad empezó a competir con un mundo organizado por los medios masivos de comunicación; la pujanza cultural a escala institucional perdió el brío de otros tiempos.

La intelectualidad universitaria vinculada al proceso de modernización dio paso a una nueva generación de docentes e investigadores, muchos de los cuales habían tirado piedras reales y verbales en los sesenta. Para muchos de los nuevos profesores los muros universitarios se volvieron asfixiantes: había que salir de ellos si se quería dar cuenta de la condición puertorriqueña. Eran tiempos de militancia en las comunidades, de reencuentro con los puertorriqueños en Estados Unidos, de nuevos centros de investigación como CEREP, de una nueva historiografía y ciencias sociales críticas. El Puerto Rico moderno era un lugar de nuevas desigualdades sociales, de una cultura de la droga que se extendía con celeridad, donde aparecían cuestionamientos incluso sobre el valor de la educación. La Universidad de los setenta fue combativa y cobró vidas: la más recordada pero no la única, la de Antonia Martínez, joven universitaria cuyo asesinato aún no se esclarece.

Al finalizar la década estalló una huelga de proporciones desconocidas para la Universidad. Con la memoria fresca de los asesinatos del Cerro Maravilla y de la represión contra el estudiantado, los obreros, los movimientos políticos independentistas, recogida en las famosas carpetas de la Policía, y con unos resultados sospechosos en las elecciones generales de 1980, los estudiantes y trabajadores de la Universidad se alzaron. Se vivieron nuevamente momentos de gran violencia que fueron recogidos por las cámaras de televisión.

Fue una huelga dura donde se sembraron muchas desconfianzas. Sin pretenderlo sus organizadores y militantes, la Huelga de 1981 fue un adiós. En las décadas finales del siglo la Universidad fue atravesada por la reconversión del capitalismo en clave neoliberal. La globalización, los cambios tecnológicos, la precarización del trabajo y otros fenómenos de cambio nos enseñaron que la Universidad necesitaba de un cambio si quería mantenerse al día. No siempre lo consiguió. Como por ejemplo con el colapso de sus estructuras emblemáticas, entre ellas la Biblioteca de Río Piedras a manos de hongos biológicos y hongos burocráticos, por su maraña financiera y administrativa, por el avance imparable de la insignificancia que también arropó el país.

Para un tipo de intelectual universitario, la academia se convirtió en ensimismamiento. Confinados en el salón de clase o el laboratorio, estos docentes desatendieron otras convocatorias igualmente importantes. De alguna manera presagiaron la intensa privatización de las vidas (universitarias y no universitarias) que caracterizan los tiempos que vivimos hoy. Otros docentes se afianzaron en sus militancias políticas, incluso a costa de sus responsabilidades académicas. Muchos de los trabajadores universitarios comenzaron a

ver a la Universidad como un patrono al que había que ganarle la partida. Los estudiantes apretaron sus militancias, desencantados con el país y en gran medida con la Universidad

El Centenario

Al llegar a su primer Centenario, la Universidad se cuestionó su pertinencia en una sociedad que vivía bajo un régimen de velocidad radicalmente distinto al de 1903 y en la que otras lógicas, como el consumo, significaban con mayor efectividad las vidas que el trabajo o el saber. A su interior, los rostros, espacios y proyectos de muchos de los universitarios estaban desligados de toda sedimentación histórica y de toda memoria. El recinto de referentes predecibles de antaño se había convertido en un mapa intrincado en el que cohabitaban varias universidades al unísono. A pesar de un proyecto que apostó -y en muchos sentidos logró- una puesta al día de la Universidad desde sus adentros, sintonizar con los escenarios globales en su mejor versión y asumir un nuevo elenco de criterios para gestionar la institución que se despliega de 2001 a 2009, la Universidad del centenario no resistió el impacto de las tormentas políticas y estructurales que se cebaron sobre el país. Tampoco los diversos sectores universitarios lograron calibrar con eficacia la coyuntura, lastrados en gran medida por una incapacidad de salirse de la caja de estrategias y reclamos sostenidos durante treinta años.

Miremos a los estudiantes al iniciar la andadura del nuevo milenio. La identidad estudiantil refleja variaciones en su grado de afiliación a la institución. La Universidad es uno de sus tantos lugares de vida, no el único y a menudo no el más importante. Vaciado de su vanguardismo, el movimiento estudiantil empezó a moverse entre nostalgias por un pasado de luchas que no habían

vivido y los infantilismos de la desubicación. Si bien los estudiantes serían los más activos, organizados y empeñados críticos del estado institucional y del estado del país sobre todo a partir de 2010, fallarían, a mi juicio, en presentar una mayor capacidad de maniobra. Al igual que el sector sindical universitario, el discurso de protesta estudiantil se plantó en un “todo o nada” inflexible.

Los nuevos modelos de producción de conocimiento y tecnologías desafiaron también al docente. A la altura de la primera década del milenio, muchos seguían dando las mismas clases que habían dado durante veinte años mientras los estudiantes no le veían la tostada a lo que estaban obligados a estudiar. Otros, sin embargo, transitaban con cauto optimismo hacia protocolos nuevos de enseñanza, investigación y creatividad. A pesar de los desencantos, la Universidad seguía ofreciendo tesoros para aquellos que sabían buscar.

En esos problemas de identidad y de tiempos nos movíamos, sin auspiciar un debate sensato sobre el futuro de la UPR, confiados en la fórmula mágica del 9.6% del Fondo General, en que las conquistas sindicales, docentes y estudiantiles eran ya “derechos adquiridos”, en una complacencia de mayor o menor grado que permitía de vez en cuando huelgas y paros, los cuales no tenían desenlaces fatales, cuando Puerto Rico comenzó una crisis económica y financiera en 2006. El modelo 936 de industrialización se esfumaba sin un reemplazo viable. Dos años después, Estados Unidos sufría una recesión severa que complicó aún más la situación de Puerto Rico aquejada también por altos niveles de corrupción, falta de imaginación política y sin salida posible para la insuficiencia de crédito. En 2016 advendría un nuevo sistema de gobernanza colonial bajo la égida de la

Junta de Control Fiscal; la quiebra fiscal del país llegaría en marzo de 2017 y seis meses después uno de los huracanes más catastróficos en la historia del Caribe impactó el exangüe cuerpo de la UPR.

La picota de los recortes cayó sobre una Universidad que fue lenta, ilusa o, en el peor de los casos, cómplice, y que no pudo responder adecuada ni oportunamente a los desafíos del mundo contemporáneo. Y menos aún a los embates de la Junta ni del gobierno central, ni a un huracán que sacó a flote todas nuestras deficiencias. El huracán que nos cayó tiene muchos progenitores. La picota también cayó en una coyuntura cuando Puerto Rico no tiene proyecto-país discernible, en un Puerto Rico donde la cosa pública se atiende con improvisaciones, día a día y con la última idea o esquema que aparece publicada en alguna red social o susurrado por algún asesor o contratista.

Independientemente de lo que pensémos sobre los proyectos de país que se sostuvieron en el pasado -en sus limitaciones y en sus conquistas- había, al menos, una sintonía entre el país y la Universidad que encaminó a generaciones anteriores a salir de la miseria, de la ignorancia, del aislamiento. La Universidad fue protagonista indiscutible. Ahora se nos niega y probablemente nos negamos, por omisión más que por comisión, ese rol social.

Por primera vez en nuestra historia moderna, el Estado considera a la Universidad una carga y ha desatado sobre ella todas sus furias. No ha habido agencia o dependencia gubernamental más castigada, más vejada que nuestra Universidad. Apostando a emblemas neoliberales que ya parecen caricaturas, se sobredimensiona la privatización como una panacea y a lo público como un costo para los ciudadanos. Sin validación estadística alguna, sin hablar de calidad, sólo

en el lenguaje abstracto del número, se proclama que la UPR derrocha y no produce. Convenientemente se olvidan sus críticos de responder a preguntas como éstas: ¿Quién investiga en Puerto Rico? ¿Quién tiene el mayor número de programas acreditados? ¿Quién publica más? ¿Quién retiene el mayor número de estudiantes? ¿Quién gradúa más? ¿Quién genera el mayor número de posgrados?

Por supuesto, tenemos que mejorar y mucho. Hay que repensar el modelo organizacional de la universidad pues sigue respondiendo a un contexto pasado y no viabiliza la flexibilidad y agilidad para fomentar la innovación. Requiere un modelo de universidad sostenible con la capacidad de emprender, investigar, crear, inventar, producir, innovar y contribuir al país en un ecosistema fluido con menos obstáculos burocráticos y con la infraestructura de apoyo idónea. Esto precisa de cambios en la forma de pensar y de hacer a través de la totalidad de la organización, desde su base hasta su gerencia más alta.

Como institución debemos encaminar mecanismos para aumentar la eficiencia administrativa, visualizando la labor no docente como aliada estratégica y facilitadora de la docencia. Es necesario descentralizar los procesos administrativos, en modelos más horizontales que fortalezcan los niveles decisionales locales y fomenten la autonomía de los recintos. Esto implica encaminar un diálogo franco sobre la posibilidad de consolidar algunos programas y tareas administrativas, liberando recursos para dedicar a actividades estratégicas que apoyen esa nueva forma de hacer. A su vez, se requiere institucionalizar una cultura de planificación, evaluación y práctica autoreflexiva, que permita continuamente evaluar la efectividad de las decisiones y acciones tomadas y hacer los ajustes para que no se

repitan los errores del pasado. Lo que no está permitido, bajo ningún concepto, es destruir a la Universidad de Puerto Rico.

Conclusión

¿Cómo resistir a los asefios que ahogan a la universidad de Puerto Rico por parte de una lógica neoliberal, que premia la mediocridad de los listos y los corruptos, una lógica que se pliega a los resentimientos, que estimula la trivialización y consagra a los ignorantes y a los vulgares?

La UPR es siempre porvenir. No sólo para sí misma, sino para el país que la cobija y la respeta. Lo fue en 1903, cuando se inició en una finca frutera como escuela normal y escuela agrícola. Lo fue en 1913 cuando inauguró su Escuela de Derecho. Lo fue en los treinta, cuando desde sus aulas se escribieron muchos de los textos fundacionales de nuestra búsqueda -incesante, inacabada- para comprendernos a nosotros mismos y cuando se construyó su torre emblemática, siempre anhelante; lo fue en los cuarenta y los cincuenta cuando graduó los profesionales que la modernización de nuestro país precisaba y ayudó a crear las instituciones y las políticas públicas que nos harían salir del atraso; lo fue en los sesenta y setenta cuando el país, junto al planeta, se transformaron en onda masiva y la universidad multiplicó sus sedes y se convirtió en un sistema; lo fue en las últimas décadas del siglo 20 cuando las tecnologías, la globalización y el fin de utopías políticas y culturales le cambiaron el perfil a las aspiraciones sociales. La Universidad siempre es porvenir. Y es ese entendimiento -sobre todo ese entendimiento- el que puede permitirle seguir siendo una institución indispensable, para que este país renazca más justo, más equilibrado, más solidario e integrado.

(Leído en el Congreso de Investigación y Creación Académicas de la UPR-Ponce el 26 de abril de 2019)